

Conquisté a Hannah en la fiesta al observar mientras bailábamos que amar es el acto por el que convertimos algo a posteriori —a saber: ese otro al que conocemos accidentalmente— en un a priori de nuestra propia vida. La realidad, sin embargo, no confirmó esta hermosa fórmula.

G. A. (1929/1984)

(1929
1984)

früheres Leben als Haupt auf dem
ein Taugen gemacht
Bull und die Bemerkung, das Leben
deyentzige Akt sei, durch den ^{man} den Apostero-
nischen ; den in fa^{ll}ig gekroffene Andere,
ra ein Apriori des eigenen Lebens
verwandte. — Bestätigt hat sich diese
~~nicht freudlich~~ selbste Formel freilich nicht.

f

En memoria de Hannah Arendt

La mirada de gueto de sus ojos verdes se llena de asombro cada vez que presencia una actuación de la que, pese a sus extraordinarias dotes, ella misma no es capaz, especialmente cuando se trata de creaciones musicales o pictóricas. No es que carezca de talento musical, pero no es autónoma a ese respecto. Cuando canta —lo que rara vez ocurre— resulta chocante, pues de su boca de mujer sale una voz de bajo.

Aprecié por primera vez esa mirada hace poco, cuando escuchábamos a Schnabel,¹ en su interpretación del movimiento dialógico en mi menor del concierto para piano en sol mayor de Beethoven. Ignoro si la expresión de asombro de sus grandes ojos respondía a la ejecución de la pieza, al diálogo entre la orquesta y el piano o a la genialidad de Beethoven por ponerlos a dialogar así. En el camino de vuelta me preguntó si sabía qué se decían el uno al otro. Cuando confesé que, aunque conocía el diálogo desde la infancia porque mi padre interpretaba la pieza y creía entenderlo, no me sentía capaz de contestar a su pregunta, sufrió una honda decepción; no, apenas podía creerme, porque ella confiaba tan absolutamente en el lenguaje que no daba crédito a la posibilidad de que no todo pudiera expresarse en él. Y quizá me tuviera por alguien capaz de trasladar todo lo extra o prelingüístico «*al lenguaje del lenguaje*» y conseguir así que lo extralingüístico se pusiera de repente a hablar.

Hannah Arendt, Berlín, 1930.



De ahí que se sienta enormemente agradecida cuando lo consigo, sobre todo mientras contemplamos un cuadro. Siempre me conmueve su mirada de sorpresa y gratitud cuando en el museo Kaiser Friedrich abro sus «ojos cerrados», como ella dice, ante un lienzo, «*traduciéndolo al lenguaje*». Carece, en efecto, de un acceso independiente a las artes plásticas. Es una *hija del pueblo del Libro*,

más aún, su encarnación. Su peculiaridad radica en su *ilimitada comprensión de lo dicho y escrito, y de los semejantes a los que hace hablar*. Está íntimamente familiarizada con el hombre del siglo v² mediante la lectura de sus escritos, y parece conversar con él de igual a igual, aunque nunca sé muy bien cuándo su ilimitada comprensión desemboca eo ipso, al menos durante la conversación, en acuerdo.

La injusticia de que le esté vedado el acceso directo al mundo de la pintura y la música, así como todo aquello de lo que *no* es capaz, despierta en *mí* un inmenso asombro, incluso indignación. (Lo que no tiene nada de extraño, porque sus competencias son inusualmente amplias; para ella, tanto la preparación de un estofado como la interpretación de un pasaje de san Agustín son como un juego de niños: fáciles, no banales.)

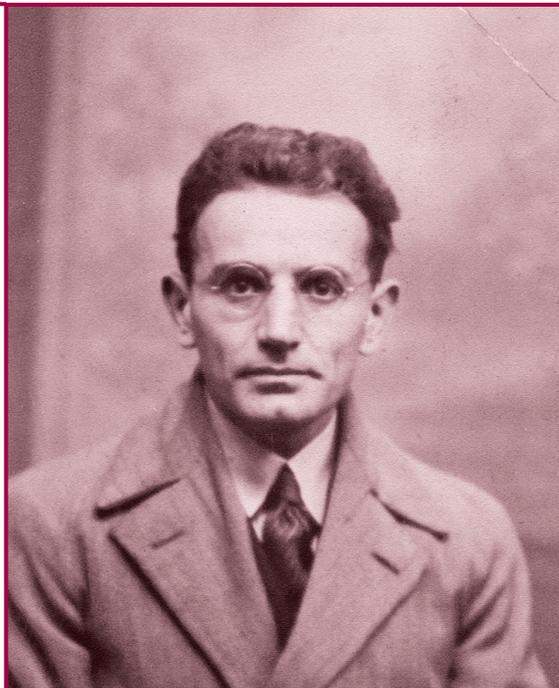
Su admiración en el museo Kaiser Friedrich se dirigía sobre todo a las pinturas mismas, a las que se asoma asombrada al hilo de mis explicaciones, como si «*las paredes se convirtieran en ventanas*», según sus propias palabras. Respondía en segundo lugar al hecho (del que se siente ligeramente avergonzada) de que no puede «conocer por sí sola» este mundo. Y la turbación aporta a su belleza un toque conmovedor e insólito, pues tiene tantas *capacidades* y es (tan desmesuradamente) asertiva y dominante... Hasta asegura, en una curiosa mezcla de humildad y desvergüenza, no haber sabido antes que también las pinturas «hablan», y que es necesario aprender sus lenguajes (sí, en plural). Y, para terminar, puede que su admiración también se dirigiera, en tercer lugar, a mí, al intérprete.

Mónadas

Pergeñé estos diálogos con Hannah Arendt en las Navidades del año 1975, poco después de la muerte de Hannah, apoyándome en anotaciones tomadas en Drewitz en torno a 1930. Supongo que los esbozos que hice hace nueve años eran ya más poesía que verdad. El texto que aquí presento, empero, se remonta al año 1984. Y la letra del mismo —no, desde luego, el tema ni la situación— tiene, con toda certeza, tanto de poesía como de verdad. No me es posible ponderar cuánto hay en él de Hannah, cuánto de mí, cuánto de entonces, cuánto de hoy: intenté recrear en mi mente la original forma de hablar y pensar de Hannah, ya entonces tan peculiares, pero no lo conseguí; solo he logrado describir sus gestos. No es posible llevar a cabo semejante reconstrucción después de cincuenta años de total separación. Y como sucede en todos mis diálogos filosóficos, donde siempre soy yo quien acaba teniendo la razón —I can't help that—, el texto, debo reconocerlo, es terriblemente injusto. A ello se suma que uno solo recuerda realmente los propios argumentos, y, por último, que en la actualidad sigo prestando al tema del diálogo —la desintegración del mundo en mónadas, la incomunicación de las mónadas— una intensa dedicación. Por ello es muy posible que haya proyectado o reflejado argumentos del presente en el pasado. El espanto de Hannah, en cambio, no tanto ante lo «antisistemático» de mi pensamiento sino *del mundo mismo*, es fiel a la realidad.

El «escenario» de las conversaciones —también esto es absolutamente auténtico— es el angosto balcón de una diminuta y hu-

Günther Anders, Berlín, 1932.



milde casa de Drewitz, en la que ocupábamos en subarriendo una alcoba, un cuarto de estar y una cocina minúscula. Aunque Hannah solo tenía 22 o 23 años, ya había defendido su tesis sobre san Agustín, una obra enteramente independiente desde el punto de vista intelectual, aunque estilísticamente bastante oscura. En aquella época era a la par profunda, insolente, alegre, mandona, melancólica, danzarina...; no asumo responsabilidad alguna por las posibles contradicciones de semejante descripción: sencillamente, era así.

Estábamos sentados en el diminuto balcón, uno frente al otro; entre ambos había una cesta enorme repleta de cerezas, y botes de mermelada vacíos a izquierda y derecha de nosotros, pues deshuesábamos los oscuros y brillantes frutos para confitarlos, tarea con la que Hannah disfrutaba de lo lindo, como del arte culinario en general, que dominaba con tanta maestría como el de la filosofía. Echábamos los huesos en un cubo y la pulpa en otro, o en nuestras bocas; sobre todo, en la suya, ya que su adicción a los cigarrillos era tan fuerte como su adicción a las cerezas en cuanto comenzaba la sesión. En realidad se tragaba muchas cerezas casi sin masticar simplemente para lanzarse cuanto antes sobre la siguiente: seguro que a menudo se tragaba hasta el hueso, quizás a veces incluso el tallo, y durante esos frugales tentempiés disfrutaba colgándose de las orejas un zarcillo de cerezas, como hacen los niños —el cual producía un bonito efecto entre sus rizos castaños. Hannah podía ser, en sus súbitos cambios de humor, bulliciosa y alegre como un niño. Teníamos la boca y las manos pringosas, manchadas de color rojizo, pero no nos importaba, porque el jugo de las cerezas no era para nosotros algo sucio, y además tampoco nos impedía entregarnos apasionadamente a nuestra ocupación diaria favorita, apenas interrumpida por cualquier otra, a saber: el *symphilosophie*.³ En aquella ocasión, la cosa comenzó así:

Hannah había pronunciado de pasada y sin darle importancia alguna (pese a que, por lo demás, se expresaba con extraordinaria precisión) una expresión tan trivial como «sistema filosófico».⁴

—¿Semejante palabra saliendo de tu boca?

—¿Por qué no?

—Porque usarla implica que tomas *el mundo mismo* por un sistema. ¿Es eso lo que piensas, de modo que lo que llamas «sistema filosófico» equivale a una representación del mundo?

Inclinó la cabeza para reflexionar, y el gesto proporcionó a su rostro aún más encanto del que ya tenía; luego se lamió los dedos embadurnados con el jugo de cerezas, lo que ya no resultó tan encantador.

—Es lo que presupone ese término. De lo contrario, la construcción de sistemas filosóficos sería una ocupación enteramente ociosa, un simpático pasatiempo pseudoarquitectónico.

—«Simpático», al menos⁵ —aseguró, y escupió con furia una carga entera de huesos en el cubo.

—Si la palabra «sistema» significa «conexión» o «cohesión», y conexión de todo lo que es con todo lo que es, lamento tener que decir que este mundo —hice un gesto que abarcaba tanto los tejados de Drewitz como la nublada luna que brillaba sobre ellos— parece ser *algo más que un «sistema»*. Pero como nadie se toma la molestia de contar los millones y millones de *ónta*⁶ particulares, puede que de todo ello *¡no resulte siquiera una suma!*

Aquel pensamiento no solo era difícil, sino también pavoroso. De inmediato apareció entre sus cejas la profunda arruga de enojo que reservaba para semejantes ocasiones.

—¿Quieres decir —ensayó hablando pausadamente— que estas cerezas, por ejemplo, pese a que probablemente proceden del mismo árbol, no saben ahora nada las unas de las otras? ¿Que cada una de ellas existe aisladamente?

Y después, en una formulación más semejante a un principio:

—¿Que el ser no constituye ni siquiera una suma, no digamos ya un sistema, y que el todo mismo permanecería en el caos incluso si el número de *ónta* fuera finito?

(Lo siento, hablábamos *así, también ella* hablaba de esta manera tan hermética, lo cual no perjudicó su estilo literario posterior ni le perjudicó de ningún otro modo, como tampoco a mí: ambos evolucionamos, sencillamente. Por lo demás, su pregunta era, claro está, perfectamente lógica y pertinente.)

Asentí.

—¡Incluso en ese caso!

—¿Qué quieres decir? —preguntó con honda preocupación metafísica—. ¿Que *aún vivimos en el caos*? ¿Que la *creación* del mundo aún *no ha acabado*? ¿O que las partes todavía no se han reunido, que aún no son «*con-cret*»? ¿Quizá que no lo han hecho en absoluto y que esto nada tiene que ver con el «*todavía*» o el «*todavía no*»? ¿Que las cosas siempre han sido así, que siguen siendo así en el presente y seguirán siendo así en el futuro? (Hizo lo mismo que yo había hecho pocos minutos antes: dibujó un círculo con ambos brazos que englobaba tanto los tejados de Drewitz como la pálida luna.) ¿Que todo esto junto no es algo *uno, un mundo*?

(No sabría decir si formuló esta terrible pregunta acosmista movida por una fascinación académico-metafísica o si creía realmente en lo que preguntaba, si lo creyó entonces por un momento, o si, en general, creyó alguna vez en algo; no puedo decirlo ahora, cuando han transcurrido ya casi cincuenta años, como tampoco habría podido decirlo entonces. Sospecho que ni ella misma lo sabía muy bien. En cualquier caso, nunca se pronunció sobre mi ateísmo, ya entonces inequívoco y crudamente formulado, ni a favor ni en contra, lo cual, teniendo en cuenta la⁷ «importancia de la cuestión», así como su total desembarazo y su temperamento explosivo, sigue pareciéndome inexplicable. Cuando durante nuestra lectura y corrección conjunta de su tesis sobre san Agustín yo le preguntaba (incesantemente, una vez al menos en cada página) acerca de esta o aquella teoría de san Agustín si la reproducía, la comentaba o la suscribía en silencio, ella, incomprensiblemente, jamás ofrecía una respuesta clara. También durante nuestra lectura conjunta de las *Elegías de Duino*⁸ ocurría a veces que se identificaba enteramente con Rilke. Hasta puede que, pese a su enorme inteligencia, nunca llegara a entender mi pregunta —que nada tiene que ver con la inteligencia— y que, como los músicos y los actores, apenas distinguiera entre interpretar e identificarse.

—¿Un mundo inacabado? ¿Una creación inconclusa? —pregunté bastante sorprendido de que se le ocurriera la idea de una *creatio* inacabada—. ¿Dónde está escrito que el mundo avance hacia el estado de acabamiento? ¿O, al revés, que ya haya alcanzado tal estado, o que aún no lo haya alcanzado? ¿Y que semejante estado final consista en una perfecta comunicación recíproca de todos los fragmentos particulares del mundo? *Puede que el todo, o cada una de las partes del todo, se desintegre sin dirección alguna «ad calendas graecas».*⁹

Me miró llena de honda desconfianza, como si *yo* fuera el culpable de esa terrible eventualidad.

—No es un pensamiento muy agradable —reconocí—. Pero poco importa lo que yo piense, el hecho es que *ningún ente particular sabe nada de otro ente particular*.

—Mónadas —dijo ella con aire inexpresivo.

—En efecto. Es decir, que *los individuos no saben nada los unos de los otros*. Están encerrados en sí mismos como ostras.

Me dirigió una mirada airada, casi maligna, probablemente porque, rechazando la posibilidad de contacto entre las mónadas, aquel monadismo negaba también la posibilidad del amor, de cualquier clase de amor. Cualquier clase. Sea como fuere, se produjo una larga pausa en la conversación, y ambos seguimos deshuesando cerezas en silencio.

—Lo que quiero decir —aclaré al fin— es que esta cereza, por ejemplo, nada sabe de la existencia de la medusa que ahora (en efecto: en este mismo ahora) es arrastrada de aquí a allá frente a Swinemünde...

—¡Desde luego que no! —Su tono era despectivo. Pero en ese «desde luego», en la accidentalidad del ejemplo, radicaba la elocuencia de mi explicación. Y ella, tan inteligente, lo sabía muy bien.

—... y que la medusa nada sabe de la luna. —Esperaba escu-

char un segundo «desde luego», pero no hubo ningún otro—. Y que la medusa ni siquiera sabe que podría haber algo más allá del mar; que, en general, podría existir *algo más*. Algo que *no* fuera mar. El aire. O las nubes. O cualquier otra cosa.

Alzó la mirada. En la última expresión se atisbaban destellos de filosofía de la religión y eso despertó su interés.

—¿Quieres decir que la medusa tiene al cielo nublado por «trascendente»?

—No. No se trata de eso, puesto que nada sabe de su existencia, y no puede por ello tomar su existencia por nada, tampoco por trascendente. Sí podríamos decir en cambio que para ella el cielo nublado *es* trascendente.

Se rascó la cabeza y, como no podía ser de otra manera, se embadurnó el pelo de zumo de cerezas. Disfrutaba llevando esas reflexiones a su propia vida.

—Y también quiero decir que la luna, por ejemplo, nada sabe de estas cerezas. Que estas cerezas son para ella trascendentes. Y con esto hemos cerrado el círculo.

Me miró con aire perplejo. Por un lado, estos hechos apenas cuestionables le asustaban. Por el otro, encontraba divertida la extravagancia de los ejemplos. No sabía muy bien cómo reaccionar.

—¿Puedes llamar a algo así —dije retomando el tema principal de nuestra conversación— «un *sistema*»? ¿Representa esto acaso un cosmos decente? ¿La mutua ligazón de todas las cosas? ¿Una «comunicación» universal?

No hubo respuesta.

—En definitiva —resumí—, *el mundo se desintegra*.

Estas palabras pusieron un repentino final a la ingesta de cerezas. En su lugar, se encendió un cigarrillo. Aspiró impetuosamente el humo, como si quisiera consumirlo en una calada.

—Utilizas la palabra «desintegración» —preguntó con voz grave, casi de bajo, la que ponía siempre que recelaba de algo— en el

sentido teórico de «*divisa est in partes tres*»?¹⁰ ¿O la utilizas en un sentido serio? ¿En el sentido de descomposición?

—Ni lo uno ni lo otro. Tampoco en el segundo sentido. Semejante uso presupondría que en algún momento anterior el mundo fue *eleáticamente compacto*, esto es, *uno*. Pero no tengo noticia de ello.

—Yo tampoco.

—Genial. Lo único que quiero decir es que las mónadas, comoquiera que sea que lleguen al ser, solo existen como entes particulares, como millones y millones de individuos.

—Lo cual significa —continuó con valentía y ajustándose a la verdad— que *la palabra-paraguas «mundo» solo tiene un sentido nominalista*.

—Así es. De ahí que yo no solo sea atea, sino también *acosmista*.

Aquí volvió a asustarse, como quizá suceda siempre en el primer contacto con semejantes pensamientos. Yo también había sentido miedo en mi primer encuentro con ellos.

Alzó la mirada por encima de los tejados de nuestro barrio pequeñoburgués.

—Todos carecen de mundo, ¿no es así? —constató.

—Supongo que sí.

—¿Y piensas que la desintegración comenzó en algún momento? De eso no sé nada, y tú tampoco.

De repente, su miedo se tornó indignación.

—¡Es inaudito! —exclamó—. ¡Eso que llamas «estado de desintegración»! —Parecía enfadada, como si le hubiera atribuido algo que estaba por debajo de nuestro nivel, *chismes cosmistas de sociedad*, por decirlo así.

—Suele hablarse también de «lo individual», y la gente se da por satisfecha con ese vocablo que suena tan simpático y elevado.

—No es una actitud precisamente valiente —corroboró, como

si ya hubiera aceptado el discurso del «acosmismo». Y en señal de desprecio por la cobardía de estos, empujó su larga melena hacia atrás—. ¿Por qué se silencia la incomunicación mutua de los fragmentos de mundo? ¿Que lo mucho no forma un «mundo»?

—¿Por qué dices «se silencia»? —pregunté—. Leibniz no silenció la incomunicación, ¿a qué otro hecho podría apuntar la afirmación de que las mónadas «carecen de ventanas»? ¿A qué, si no a que ningún individuo se comunica con otro? ¿A que jamás podrían entrar en interacción causal?

—Interacción causal —repitió en un tono extraño, como si le hubiera infligido una grave ofensa personal.

—¿Qué otra cosa podría significar si no —continué—, que el jacinto, la medusa y la luna, tal y como lo hemos formulado antes, se ignoran enteramente entre sí?

—¿Como lo *hemos* formulado? ¡Como lo has formulado tú!

—Ignoro si Leibniz se armó de suficiente valor como para estar a la altura de su propio coraje. No soy un especialista en Leibniz como Cassirer.¹¹ Y es posible que a Leibniz le estuviera *prohibido* reunir ese valor. Sea como fuere, la idea de que los millones de entidades singulares, a pesar de ser ciegas las unas para las otras, forman un «mundo», y *un solo* mundo, un *sistema del mundo*, me parece absurda y hasta contradictoria. Y me parece que ninguna persona decente podría aceptar la afirmación de que todas las mónadas juntas, pese a ser ciegas las unas para las otras, se coordinan gracias a una «armonía preestablecida», más aún, utilizar esta armonía para probar la existencia de un preestablecedor, esto es, la existencia de Dios... Ninguna persona decente aceptaría estas afirmaciones, no son más que un engaño, una estafa con la que Leibniz quería evitar que lo consideraran tan hereje como al otro,¹² nuestro tatarabuelo clandestino, al que visitó en Holanda con tanto sigilo.

La mirada que entonces me dirigió Hannah revelaba ira, casi indignación metafísica.

—¿Y qué quieres que haga yo —le pregunté— si hay grandes pensadores que son también grandes estafadores?

No respondió a la pregunta. Parecía haberse perdido en sus pensamientos. Sabe Dios en qué dirección.

* * *

Los peces no saben de la luna,
la luna nada sabe de las medusas.
Y lo que habita bajo el fondo del mar
ignora a los animales del mar.

La raíz nunca vio la flor,
la flor el tallo
y así en adelante.

* *

Las células del cuerpo no saben
cuál es mi nombre, y tampoco que tengo un nombre.
Nadie puede concebir
quién soy, que soy.

Y viceversa, el cuerpo me parece
un animal desconocido.

Cuando todas las cosas se ignoran mutuamente,
todo permanece para lo demás trascendente.

* * *

Entrada de 1929 en Drewitz. Viena 84/85

—Dime —dijo Hannah después de que le hubiera leído estas estrofas sobre la incomunicación recíproca de las mónadas. Era la primera vez que le enseñaba mis «versos», no: que le mencionaba que algunas veces componía versos—. Dime, ¿has escrito eso *ahora*?

Las dos profundas arrugas que anunciaban en ella, no solo ira o esfuerzo intelectual, sino también asombro y sobrio examen de algo inesperado, aparecieron entre sus cejas.

—No. No *ahora*. Ayer. Una hora después de nuestro festín de cerezas. La cosa salió entonces...

—¿Qué cosa?

—Bueno, el texto. Lo dejé reposando por la noche. Para que se enfriara. Y para ver si tomaba cuerpo o si durante la noche se quedaba tieso o se agriaba. Y esta mañana temprano lo he espolvoreado con unas cuantas pasas, dos o tres palabritas (confío en que no seas capaz de averiguar cuáles). Y después, ahora mismo, te lo he enseñado.

No pareció gustarle la comparación con preparar un guiso.

—Dime —continué algo impaciente—, ¿qué te pasa? ¿Qué importancia tiene el *cuándo*? ¿Se vuelve acaso algo mejor o peor en función de la hora en que fortuitamente fue producido? ¿No sería exactamente igual de bueno o igual de malo si lo hubiera escrito hace seis meses? ¿O hace media hora?

Negó con la cabeza, lo cual me encantaba precisamente por el movimiento de su melena, por mucho que aquel decidido movimiento también expresara, naturalmente, su enérgica disconformidad. Pero cuando Hannah mecía su cabello me desarmaba por completo.

—¿Qué preguntabas? —dije al fin.

—Que eso que tú llamas despectivamente la «*cosa*» que presuntamente has «hecho» sería quizá la misma si la hubiera escrito otra persona y en otro momento. Pero *tú* eres ahora diferente a mis ojos.

—¿Por qué?

—Porque no sabía que escribieras versos. (Pausa.) Que sepas hacer poesía —pronunció esta altisonante palabra con frialdad, casi con indiferencia.¹³

—No comprendo cómo alguien podría no saber hacer versos.

La observación obtuvo nuevamente por respuesta las perpendiculares arrugas de su frente.

—Vas demasiado lejos —aseguró.

—Por lo demás, esta cosa que te acabo de leer se ha escrito totalmente por sí sola. Lo importante para mí, en fin, para ella, era *negar que se dé contacto alguno entre las mónadas*, es decir, repetir lo que constatamos ayer. No ha sido muy difícil.

—¿Dijimos? —preguntó—. Lo has hecho todo tú *solo*.* ¡Yo ayer no lo suscribí!

—Quizá. Pero que no suscribieras la tesis monadológica no la hace falsa o difícil.

Una vez más, apareció la empinada arruga sobre su frente.

—En definitiva, lo único que quería expresar era que no hay ninguna mónada en el mundo que tenga noticia de la existencia o el estado de otra mónada, o que sepa algo de otros; que no nos tomamos lo suficientemente en serio el estado de aislamiento de todos los seres; que su simultaneidad ni representa ni prueba ninguna clase de coexistencia; que todos los seres *existen ignorándose*.

—«Existir ignorándose», me gusta esa expresión —anotó.

—¿Cómo que te gusta? Es verdadera. Lo que quería decir era que, ahí arriba, Sirio no sabe nada de la medusa XY, que ahora se mece en el mar Báltico frente a las costas de Heringsdorf; y que ninguno de ellos, por su parte, ha oído hablar nunca de ti, y así sucesivamente. En otras palabras: que *en ningún lugar se efectúa la suma de todo lo que existe, y que la realidad es lo contrario de lo que*

* «Solo», sic, también en el original. (N. de la t.)

uno podría llamar un «cosmos» bonito o un «sistema» perfecto. Y eso es lo que ambos constatamos ayer.

Giró ligeramente la cabeza, como si no hubiera oído bien, uno de sus gestos favoritos.

—¿Ambos? —dijo de nuevo.

—*Y como el existir ignorándose vale para todos los «particularia», es completamente indiferente qué «ónta» haya cogido yo de aquí y de allá y colocado juntos para hacer la cosa que tú has elevado grandilocuentemente a la categoría de «poema» (y cuya intención, precisamente, era poner de manifiesto que permanecen «separados»).* Habría podido elegir un par de cosas cualesquiera, y así lo *he hecho*, en efecto, para colocarlas juntas en el «poema». Hacer este «poema» no tiene mérito alguno. Ha sido más bien un juego de niños. Porque, como decía antes, la accidentalidad es universal, y yo podía elegir con total libertad y poner juntos los nombres de las cosas que quisiera, y rimarlos con el fin de evidenciar la «disonancia» de su simultaneidad. El hecho de que yo haya compuesto rimas a partir de cosas en realidad desligadas y disonantes toca, claro está, la fibra cómica de la rimada disonancia. Lo cual apruebo enteramente. Leibniz se quedaría boquiabierto en su tumba si llegara a saber que alguien compone poemas inspirándose en su famosa «ausencia de ventanas» sin tener que acompañarla, como compensación, de una armonía preestablecida, o al menos, postestablecida, de las mónadas...

Hannah se pasó la mano izquierda por detrás del cuello y comenzó a rascarse la oreja derecha, un gesto inspirado en una broma judía que le gustaba hacer cuando una idea le parecía divertida. Después me pidió que le entregara la hoja, y sin dejar de tocarse la oreja, comenzó a recitar el poema en voz baja. Por la noche lo recitó para mí, diez veces mejor de lo que habría podido hacerlo yo. Solo entonces, al oírlo de su boca, me pareció redondo e incontestable en sus afirmaciones. Pero tras la recitación, Hannah afirmó secamente:

—*Hermoso, pero falso.*

